

con el CORAZÓN

en el domingo

31 DE DICIEMBRE DE 2017
SAGRADA FAMILIA

P. Gonzalo Arnáiz, scj.

Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Este es el misterio de la Encarnación que estamos celebrando estos días de Navidad. La encarnación del Hijo de Dios supone hacerse uno de nosotros y para ello es necesario que nazca de mujer. Pero todos sabemos que no basta con nacer. El hombre se va fraguando desde el día de su concepción en el útero materno hasta muchos años después de su nacimiento. El “Enmanuel” nace en una familia de Nazaret y será dentro de la familia donde crecerá hasta llegar a ser adulto. Los 12 años, para un varón judío, era un paso importante en su vida de adultez, aunque no se independizara de la familia hasta el casamiento o quizás más allá de ese acontecimiento.

Hoy el evangelio nos cuenta el acontecimiento de la Presentación de Jesús en el Templo. El hecho de ser Hijo de Dios no le priva de estar sometido a las leyes habituales de su pueblo. Jesús es primogénito y debe ser consagrado al Señor. El clima de obediencia a la Voluntad de dios o a su Ley priva desde el principio en la familia de Jesús. Desde el principio mama en su familia además de la leche materna, el valor de la referencia a Dios en toda la vida de esa familia.

Primera lectura

Gen 15,1-6,21,1-3

*Uno salido de tus entrañas
será tu heredero.*

Lectura del libro del Génesis.

EN aquellos días, el Señor dirigió a Abrán, en una visión, la siguiente palabra: «No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante». Abrán contestó:

«Señor Dios, ¿qué me vas a dar si soy estéril, y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa?». Abrán añadió:

«No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará». Pero el Señor le dirigió esta palabra:

«No te heredará ese, sino que uno salido de tus entrañas será tu heredero». Luego lo sacó afuera y le dijo:

«Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas». Y añadió:

«Así será tu descendencia». Abrán creyó al Señor y se le contó como justicia. El Señor visitó a Sara, como había dicho. El Señor cumplió con Sara lo que le había prometido. Sara concibió y dio a Abrahán un hijo en su vejez, en el plazo que Dios le había anunciado. Abrahán llamó Isaac al hijo que le había nacido, el que le había dado Sara.

Palabra de Dios.

Simeón sorprende a José y a María con las palabras que pronuncia sobre aquel niño. Lleno de una inmensa alegría presenta al Niño como el esperado de los pueblos y la luz de las gentes. Jesús es el SALVADOR. Para María tiene una bendición muy particular anunciando que el camino de Jesús no iba a ser precisamente de rosas y que a ella el corazón se le iba a despedazar más de una vez.

Cuando cumplen todo lo que prescribía la Ley, se vuelven a Nazaret. Y aquí el evangelista termina su narración diciendo: “El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría. Y la Gracia de Dios lo acompañaba”.

El niño crece en el ambiente familiar de Nazaret y en la casa doméstica de José y de María. Jesús no nace aprendido. Es un niño normal como todos. Crece en sabiduría, en estatura y en Gracia. Ahí entra de lleno la labor de la familia. La función del padre y de la madre son irremplazables. Es primordial que primero funcionen como pareja-matrimonio donde prevalece el amor mutuo como don mutuo. Ese es el amor primordial del que mana la entrega a los hijos de todo lo que ellos son y también por amor. Les podrán dar y transmitir lo que son. Y no puede haber falsedad porque será detectada indefectiblemente por el hijo. Si el amor de pareja está desestructurado no será fácil educar a los hijos en cualquier escala de valores.

Para nosotros los cristianos, la familia es, claro está, familia cristiana. El centro de nuestra vida es Cristo. El matrimonio cristiano se centra en Cristo. Solo en Él puede vivirse la dimensión cristiana del amor matrimonial. Y esa centralidad debe ser vivida y transmitida a los hijos.

Salmo responsorial

Sal 104, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9 (#.: 7a. 8a)

El Señor es nuestro Dios,
se acuerda de su alianza eternamente.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.

Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca.
¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac.

Segunda lectura

Heb n. 8.11-12.17-19

La fe de Abrahán, de Sara y de Isaac.

Lectura de la carta a los Hebreos.

HERMANOS: Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo vigor para concebir cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía.

Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia».

Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac.

Palabra de Dios.

Aleluya

Heb 1, 1-2

Aleluya, aleluya, aleluya.

En muchas ocasiones habló Dios antiguamente a los padres por los profetas.

En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo.

Evangelio

Lc 2, 22-40

El niño iba creciendo, lleno de sabiduría

✠ Lectura del santo Evangelio según san Lucas

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le

había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos “han visto a tu Salvador”, a quien has presentado ante todos los pueblos: “luz para alumbrar a las naciones” y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, Jesús y sus padres volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Palabra del Señor.

LA VOCACIÓN, EN EL CORAZÓN DE LA FAMILIA Y DE LA IGLESIA

La Vocación nace, también, en el corazón de la familia. O, mejor dicho, en el corazón de dos familias: la de carne, y en la espiritual, que es la Iglesia. De la vida comunitaria, de la experiencia de Dios que se hace en el ambiente familiar cercano o en la vida de la comunidad cristiana en la que desarrollo mi vida, nace mi inquietud y mi pregunta: ¿Dónde me quieres Tú, Señor?

Plantéate, en silencio, esta pregunta y recuerda, antes de contestar, el testimonio de los hombres y mujeres que, cerca de ti, también han optado por seguir a Dios desde una vocación específica a la vida consagrada, sacerdotal o laical.

Petición

Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios.



Delegación de Pastoral Vocacional
Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús
Reparadores | Dehonianos